

La decadencia alimentaria es una realidad crudamente presente en millones de hogares mexicanos. Las raciones de nutrientes de mayor valor biológico (carne, leche, huevo, pescado y frijol), que ya antes de la crisis eran muy deficientes, han sido severamente reducidas o han desaparecido completamente de las mesas de estos hogares.

¿Cuáles son las magnitudes sociales de esta calamidad nacional? Si se analizan las estadísticas anuales sobre consumos aparentes se obtiene una primera medición del fenómeno. Tomando los promedios bianuales de 1981-1982 y 1986-1987, observamos una severa disminución del consumo *per capita* de los más importantes alimentos: el de la carne de res cayó de 15.8 kg anuales por persona en 1981-1982 a 11.4 kg en 1986-1987, es decir descendió en un 27.8%; el de carne de cerdo disminuyó en un 38.7%; el de leche fresca en un 21.8%; el de pescado en un 28.1%; el de frijol 29.7%; e incluso se registra una disminución en el consumo de maíz por persona de 10.3%.

Las estadísticas del abasto de reses a la zona metropolitana de la Ciudad de México indican un desplome aún más severo: el consumo de carne de res por persona descendió en un 45.1% entre 1982 y 1987!

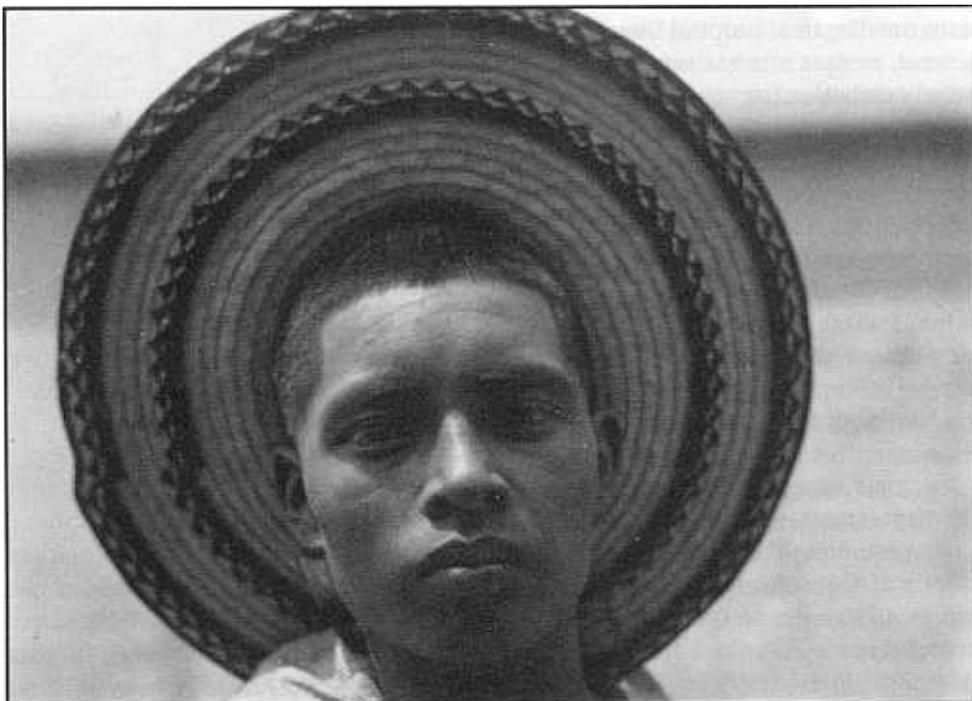
Una investigación realizada por el Instituto Nacional de la Nutrición (INN) entre obreros urbanos de la Ciudad de México, con ocupación regular e ingresos superiores al salario mínimo, indica que el consumo *per capita* de toda clase de carnes decreció en un 37% entre 1981 y 1987. El retroceso alimentario, concluyen los nutriólogos, "ha sido muy brusco y si continúa a la misma velocidad en sólo dos años se regresará a los niveles alimentarios urbanos de 1960". Es algo que ya ocurrió.

Entre la población con ingresos inferiores a dos salarios mínimos, el deterioro alimentario ha sido aún más grave, como revelan las encuestas del Instituto Nacional del Consumidor. Tan sólo entre marzo y junio de 1983 —año de la mayor contracción de los salarios reales— más de la mitad de las familias dis-

* Investigador y profesor del doctorado en el Área de Economía Agrícola de la Facultad de Economía de la UNAM.

El estigma de la desnutrición

José Luis Calva*



Chamulas

minuyeron su consumo de los alimentos más importantes: 59.6% redujeron su consumo de carne; de lácteos, 73.5%; de huevo 74.2%; de pescado, 50.2%; de frijol 72.7%; de pan, 68.1%; 21.9% el de frutas y 70.2% el de verduras. Muchas familias se vieron incluso orilladas a suprimir completamente el consumo de carne (11.4% de las familias), de lácteos (6.7%) y de pescado (3.7%).

Debe recordarse que estos graves cortes en la canasta de consumo popular se producen en una sociedad que ya antes de la crisis padecía serias deficiencias nutricionales. De acuerdo con las investigaciones que el INN realizó en 1979, alrededor de dos tercios de la población infantil preescolar de las familias urbanas de bajos ingresos padecían desnutrición:

18% de gravedad, es decir un peso real de 60% a 75% de su peso teórico. En el campo, la situación alimentaria era todavía más dramática: entre 52% y 87% de la población rural infantil de la mayoría de las 19 regiones nutricionales en que se dividió el país padecían desnutrición. Su consumo de calorías oscilaba alrededor de 65% del mínimo recomendado y el de proteínas alrededor de 75%.

En este escenario de desnutrición crónica, los efectos de la drástica caída del consumo de alimentos sobre la salud pública del país son realmente aterradores. Ya en su informe de 1986, la UNICEF ubicó a México entre los países de "alto riesgo" de desnutrición y mortalidad infantil. Estadísticas de la Secretaría de Salud informan que la tasa de mortali-

dad infantil por deficiencias de la nutrición entre los menores de un año se incrementó, en 1986, en un 30.6% respecto a 1981, y entre los prescolares (de 1 a 4 años) aumentó 66.6%. Reportes de los hospitales infantiles confirman el dramático agravamiento del hambre infantil. "En esta entidad —informó en enero de 1989 el doctor Alfredo Nava, del Hospital Infantil de Toluca— hay 50 mil niños con una desnutrición similar a la de los niños de Biafra. Estos pequeños presentan abdomen inflamado, piernas excesivamente delgadas, y no pueden hablar ni caminar, pues carecen de energía." Los casos que llegan al hospital "logran recuperarse, aunque muchas veces presentan daños cerebrales irreversibles o lesiones en órganos vitales. Son muy pocos los niños que logran recibir atención en el hospital, y muchísimos los que mueren al recaer en sus hogares." Reportes procedentes de hospitales infantiles de otros estados (Tabasco, Oaxaca, Morelos, Hidalgo, Puebla, Michoacán, Querétaro, etc.) acusan el incremento de la desnutrición infantil en términos de alarma tan similarmente angustiada que aparecen estereotipados.

La crisis alimentaria está afectando alarmantemente también a la población escolar estudiantil. Una encuesta realizada por el Consejo de Asociaciones de Padres de Familia de Querétaro puso al descubierto que "sólo dos de cada 10 alumnos que asisten a las escuelas primarias y secundarias están bien alimentados. Tres llegan a los planteles sin haber ingerido ningún alimento, mientras que otros cinco recibieron una deficiente alimentación. Esta situación provoca que el rendimiento escolar de los adolescentes sea bastante deficiente".

Éstas son las generaciones que heredarán México. Marcadas indeleblemente por el estigma de la desnutrición, son la dramática objeción viviente a la política económica neoliberal y monetarista aplicada con singular perseverancia a partir de 1982. DemoS

NOTA BIBLIOGRÁFICA. Los datos aquí expuestos están tomados en su mayor parte de mi libro *Crisis agrícola y alimentaria en México, 1982-1988*, Fontamara, México, 1988, en el cual se indican las fuentes originales. Los datos más actualizados están basados en las mismas fuentes.